

# Reflexión sobre mi Viaje a China

(31 de octubre - 15 de noviembre de 2007)

por G. Gregory Gay, C.M.

*Superior General*

En mis viajes por todo el mundo, una de las preguntas que más frecuentemente me hacen, tiene que ver con la situación de la Iglesia en China y el estado en que se encuentran allí nuestros cohermanos y las Hijas de la Caridad. Me alegro de haber podido visitarlos personalmente y con esta experiencia de primera mano, compartir su situación en mis visitas a la Familia Vicenciana. Aquí obviamente, no puedo decir todo lo que experimenté, habida cuenta de la delicada situación de la Iglesia en China. Hay grandes signos de progreso y de apertura así como esperanza de más oportunidades para ayudar a la Iglesia en China, en el futuro.

Visité la Provincia de China, del 31 de octubre al 15 de noviembre, empleando parte de este tiempo en Taiwán y el resto en el continente. Pude visitar a los cohermanos y unas cuantas obras en las que trabajan, así como a las Hijas de la Caridad y otros miembros de la Familia Vicenciana. Tuve la suerte de ser el celebrante principal en la Eucaristía en la que uno de nuestros cohermanos chinos emitía los votos y se incorporaba a la Congregación de la Misión. En China Continental también visité a los cohermanos y a las Hijas de la Caridad, jóvenes y ancianos.

La Provincia de China es probablemente la más internacional de la Congregación de la Misión. Entre sus miembros hay cohermanos taiwaneses y chinos, pero también coreanos, filipinos, indios, indonesios, americanos, vietnamitas, polacos y holandeses. Al presente, hay dos seminaristas, uno de California y el otro de Corea. Están en proceso de discernimiento y estudiando la lengua.

Tenemos cuatro cohermanos en China Continental. Uno es Tom Sendlein, que desempeña un ministerio muy activo y valioso con la gente de habla inglesa en Pekín, ayudándoles a tomar conciencia de la realidad de los pobres en china y de su deber de ayudarles. Otro es el P. Pawel, que ayuda a los angloparlantes y es también muy activo de otras maneras. El tercero es el P. Joseph Loftus, que trabaja para un grupo de caridad en ShiJia Zhuang y emplea parte de su tiempo

en Pekín. Parte de este trabajo incluye la formación del clero. El cuarto es el P. Henk, que enseña francés en la Universidad de Wuhan, provincia de HuBei.

Como sabemos por la carta del Papa Benedicto XVI sobre China, lo que la Iglesia desea es promover la realidad de una Iglesia Universal. La situación en China es muy complicada. Todavía hay dos partes, aunque se anima a los miembros de la Iglesia clandestina a salir a la luz y hacerse parte de la Iglesia oficial. Se requieren pasos para que esto llegue a ser una realidad, porque en una delicada situación tan prolongada como ésta, hay obviamente necesidad de mayor conciencia y de curación.

Quizá una de las necesidades mayores de la Iglesia sea la de mejorar la formación del clero. Visité, con el Visitador, P. John Wang y el P. Thomas Sendlein, al Obispo de Pekín y a su equipo directivo. Le pregunté expresamente cómo los misioneros vicencianos podríamos ayudar a la Iglesia en Pekín. Le dije lo importante que es China para la Congregación de la Misión, teniendo en cuenta nuestra larga tradición de presencia allí y el número de nuestros misioneros que tienen en su corazón el deseo de continuar ayudando a la Iglesia en su tarea evangelizadora.

Entre otras cosas, el Obispo nos invitó a dar talleres de una a cuatro semanas, sobre distintos temas, dentro del plan de formación del seminario. También nos preguntó sobre la posibilidad de impartir formación para formadores a través de becas de nuestras Provincias que pudieran ofrecer tal servicio.

Hoy por hoy, sólo son los sacerdotes diocesanos los que sirven a la gente china mediante un ministerio sacerdotal directo. Sin embargo, de diversos modos, nosotros estamos continuando nuestro plan de formación para la Congregación de la Misión.

Me encontré con unos cuantos cohermanos chinos jóvenes y con un buen número de cohermanos ancianos. Los cohermanos mayores, en su mayoría, viven en casa de sus familiares o son atendidos por amigos con el respaldo económico de la Provincia de China. Quiero hablarlos, en concreto, de cuatro visitas a los cohermanos mayores.

Visité al único Hermano de la Provincia de China. Tiene 87 años y vive en una enfermería regida por la diócesis de Pekín. La habitación es suficientemente grande para dos camas, un escritorio, un lugar para la ropa, un pequeño frigorífico y un baño, que también parecía poder doblarse para una cocina. El Hermano es atendido por un laico que ha estado a su servicio por un buen número de años. Conoce la vida del Hermano muy bien y nos la cuenta libremente. El Hermano ha perdido la memoria y no puede recordar las cosas, tan bien como cuando era joven.

Otro hermano que me visitó, había pasado 23 años de su vida en prisión, habiendo sido apresado cuando era estudiante de filosofía.

Una vez que fue puesto en libertad y dada la escasez de sacerdotes, fue ordenado inmediatamente, pues había recibido su formación teológica de los jesuitas que también estaban en la cárcel con él. El comportamiento del Padre me impresionó tremendamente. Es un auténtico caballero, no mostrando señal alguna de amargura ni de ira. Con total sencillez, continúa viviendo su vida como miembro de la Congregación de manera tranquila.

Estuve también con un cohermano de 90 años, que había sido párroco durante 64 años. Hoy vive en la misma parroquia, con un joven sacerdote diocesano que ahora es el párroco. Pasé un rato delicioso con él y con el personal de la parroquia, mientras compartíamos el almuerzo. Después nos llevó a la iglesia que, por diversos motivos, ha sido reconstruida varias veces.

La última visita fue a un cohermano de 92 años. Al salir de la cárcel volvió a su pueblo natal y comenzó a celebrar la Eucaristía en la casa de su familia. Lo hizo así por muchísimos años, la mayoría de ellos, sin ninguna dificultad por parte del gobierno. Llegamos al pueblo, en medio de campos de labranza, muy distante de la ciudad. A la



Iglesia de la Congregación de la Misión en Taiwán

entrada de la casa había unos bancos preparados y el altar, en la parte anterior de un patio abierto. Tuvimos alguna dificultad porque, aunque el cohermano estaba en casa, estaba cerrado con llave. El sobrino que lo atiende trabaja durante el día, así que lo encierra por su propia seguridad. El cohermano no puede caminar. Al mirar por la ventana pudimos verlo acostado en su cama rezando el rosario. Yo insistí en que teníamos que entrar. Así que un joven cohermano chino, cogió un destornillador y quitó el picaporte alrededor del que colgaba la cadena. Abrimos la puerta y entramos. Cuando el Visitador le dijo al cohermano quién era yo, éste exclamo llenó de emoción: “¿Quién soy yo para tener al Superior General en mi presencia?”. Y lo repetía una y otra vez. Y yo pensaba para mí: “¿Quién soy yo para estar en presencia de este hombre que ha dado tantos años de su vida en el sacerdocio, en tan difíciles situaciones?”. Fue ciertamente un honor estar en su presencia, como lo fue el estar con el cohermano de 90 años que había estado 64 trabajando en la parroquia. Les pedí a los dos la bendición y les hablé de los grandes regalos que su perseverancia y su empeño de seguir a Jesucristo evangelizando y sirviendo a los pobres son para la Congregación de la Misión y para toda la Familia Vicenciana.

Visité también a las Hijas de la Caridad. Tres de las Hermanas son muy ancianas y están atendidas en una enfermería por otras Hermanas, una Hermana Seminarista, unas cuantas postulantes y una aspirante. Su entusiasmo y su gozo en el servicio a los pobres son asombrosos, aunque no puedan hacerlo abiertamente como Hijas de la Caridad. Están en una parroquia donde el párroco es miembro de la Iglesia oficial. Es un vicenciano, aunque muchos no lo saben. Una de las Hermanas mayores me dio rosarios para mí y para el personal de nuestra Curia. Guardaré con cariño este regalo el resto de mi vida.

Tras dejar a las Hermanas, visité a otro grupo de mujeres que viven las Reglas de las Hijas de la Caridad. Fueron fundadas por un obispo vicenciano que ya murió y pertenecen a la Iglesia oficial de China. Visten el hábito completo de Hijas de la Caridad e incluso llevan la insignia SV. El sacerdote administrador de la diócesis, que tiene mucho trato con las Hermanas, espera que un día ellas puedan tener un mayor reconocimiento internacional para poder mantener el carisma vicenciano enraizado en ellas. Las Hermanas reciben apoyo, de muchas maneras, de la Provincia China de las Hijas de la Caridad, por lo que están muy agradecidas.

Al terminar esta comunicación, quiero hablaros de la oportunidad que tuve de celebrar una Eucaristía, en una ceremonia privada, en la que uno de los cohermanos sacerdotes, pronunciaba los Propósitos. Hay un cierto número de sacerdotes diocesanos que han manifestado interés en unirse a la Congregación. Nos hemos mostrado abiertos hacia ellos, al tiempo que les hemos encarecido ser fieles a la orientación dada por el Papa Benedicto XVI.

Pido sus oraciones por estos hombres y mujeres que forman parte de la Iglesia una, santa, católica y apostólica para que crezcan en sus esfuerzos de fidelidad a Jesucristo, siguiendo la inspiración de nuestros fundadores y los ejemplos de nuestros misioneros e Hijas de la Caridad mártires en China. Nuestra historia en China ha sido larga, con más de 1.000 miembros en la Congregación de la Misión, 400 de ellos de origen chino. Han sido otras tantas las Hijas de la Caridad, chinas y extranjeras. Y aunque esto se haya interrumpido, algunas veces por la situación política, la presencia vicenciana en la Iglesia todavía continúa siendo deseada. Espero y rezo para que muchos en la Congregación de la Misión y en toda la Familia Vicenciana, alimenten el deseo de tomar parte en este nuevo y apasionante trabajo de evangelización de forma más plena, cuando la Divina Providencia nos permita hacerlo.